



# El Eco de Cartagena

AÑO XXXII

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm. 9181

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas. Tres meses, 6 id.—Provincias.—Tres meses, 7'50 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1° y 16 de cada mes.—La correspondencia se dirigirá al Administrador.

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. I. rerru; Caumartin, 61, y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31, y en Londres, Agencia General Española, 6, Great Winchester Street.

LAS SUSCRIPCIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, CALLE MAYOR 94.

MARTES 7 DE JUNIO DE 1892.

## MME. LEONIE BROUTIN MODISTA DE SOMBREROS

Ha llegado á esta población con un elegante y variado surtido de sombreros de señoras procedente de las principales casas de París.

CALLE DE ANDINO NUMERO 3

## LUZ BRILLANTE

Petróleo extra superior.—Completa seguridad.

Se vende en bidones, con grifos precintados de 5 litros.

El precinto garantiza al consumidor la calidad y la cabida.

Nuestra LUZ BRILLANTE es INFLAMABLE. Arde en todas las lámparas para petróleo hasta la última gota sin ningún olor, sin que disminuya la intensidad de la llama y da una luz espléndida.

Depósito en Cartagena.—C. Pérez Lurbe.—Museo comercial.

Exijase en las tiendas el bidón precintado.

## LA TIERRA

I

La tierra puede ser considerada bajo un doble aspecto: ya como uno de tantos cuerpos celestes que tachonan ese inmenso firmamento, llamado cielo, ya como cuerpo físico, donde más de cerca y directamente podemos conocer y admirar la grandiosidad extasiante de las bellezas de la creación.

En el primer caso, la tierra ocupa el tercer lugar entre los planetas, respecto á su proximidad al sol; en el segundo, es el teatro de los prodigios, bellezas, fenómenos, problemas y arcanos irreproducibles por el hombre.

Fijémonos por hoy en la tierra considerada como planeta.

Parece ser que, el primero que presumió el movimiento de rotación de la tierra y su forma esférica fue Anaximandro, discípulo de Tales,

quien había ya adivinado la oblicuidad de la elíptica, así como la teoría de los solsticios y de los equinoccios. Anaximandro supuso que la tierra se hallaba en suspenso allá en el centro del universo y tenía movimiento por un impulso propio que le hacía dar vueltas sobre sí misma.

Anaxágoras recogió estas doctrinas de la boca de Anaximeno, discípulo de Anaximandro; pero poco satisfecho de cuanto había aprendido de la boca de su maestro, pasó al Egipto, donde aprendió ideas nuevas.

De regreso á Atenas, abrió la primera escuela de fisiología, en la cual tuvo por discípulos á Péricles, Eurípides, Arceles y aun á Sócrates.

Expuso su sistema sobre el mundo, el cual, aunque erróneo, es digno de ser conocido, por la preciosa razón de que abrió á la ciencia una nueva carrera que nadie había descubierto hasta entonces. Decía el sabio:

«Después de la creación, la materia, agitada por el espíritu, se vio obligada á dar vueltas sobre ella misma y á consecuencia de este movimiento, las materias más pesadas se reunieron en el centro, y las más ligeras fueron relegadas á diferentes puntos de la circunferencia.

«Entre estas materias, ligeras, tales como el fuego y el éter, (1) y las pesadas, de las cuales se formó la tierra, se hallan aquéllas, cuya gravedad es media, como son el aire y el agua. Algunas porciones de la tierra, lanzadas á la vaguedad por la continuación del movimiento de rotación ó inflamadas al pasar por el fuego, formaron al sol y las estrellas, quienes, sometidos siempre al movimiento que los llevó continúan dando vueltas, alrededor de la tierra.

«El sol es un cuerpo incandescente.

(1) Fluido invisible, sutil, admitido por los antiguos filósofos como el medio en el cual ruedan las estrellas y los cometas.

te, tan grande como al Peloponeso, reempujado constantemente del Norte al Mediodía y del Mediodía al Norte, por las masas de aire acumuladas en los polos, las cuales comprime al aproximarse, hasta el momento en que el exceso de compresión les devuelve su elasticidad natural. La luna es un cuerpo opaco alumbrada por el sol y habitada.»

En cuanto á las causas de la lluvia, vientos, tempestades, formación del sonido, etc., sus ideas difieren poco de las de los físicos modernos; pero cuando se propone explicar la infinita variedad de los cuerpos existentes, entonces se pierde entre sus hipótesis las más raras.

Supone la existencia de un número infinito de cúmulos ó agrupaciones de partes elementales, compuesto cada uno no mas que de átomos de igual naturaleza. A estos grupos los llama *homœomerios*, palabra compuesta de otras dos griegas que significan *partes iguales*. Tales homœomerios distribuidos en ciertas proporciones, han formado todos los cuerpos.

Este sistema, dados los conocimientos cosmogónicos que tenemos hoy, indican que su autor tenía una imaginación fecundísima.

Eudoxo é Hiparco adoptaron el fondo de este sistema para darle nuevos desarrollos. Rodearon la tierra de una triple atmósfera: el aire respirable, la región de las nubes y el aire superior. Colocaron más arriba todo el fuego elemental, caliente y luminoso y supusieron que los planetas eran esféricos, diáfanos, encerrados los unos dentro los otros formando otros tantos cielos. En cuanto á las estrellas, decían que iban sujetas al firmamento, al cual consideraban como una bóveda inmensa concéntrica á la tierra, la cual, en su movimiento de rotación, arrastraba consigo todos los cielos inferiores, de Oriente á Occidente.

Este sistema de Hiparco halló muchos partidarios.

Ptolomeo de Alejandria se lo apropió; sólo, que á los ocho siglos de Hiparco añadió el noveno cielo, causa primera de todo el movimiento.

Sin embargo, no todos los astrónomos aceptaron las opiniones de Ptolomeo, Filolao, seguido de Aristarco de Samos, Nicetas de Siracusa y algunos otros desconfió del testimonio de sus sentidos y pretendió que el sol ocupaba el centro del universo; que los planetas gravitan sobre este astro por medio de órbitas elípticas y que éstas órbitas ocupan la elíptica en puntos diferentes, lo cual no ocurre en la tierra, cuya órbita no sale de los límites de la elíptica. Según él, la luna es el satélite de la tierra y da vueltas con ella.

(CONTINUARÁ.)

MODESTO MARTI.

COLABORACION INEDITA.

## EL MES TRÁGICO

Están pálidos, demacrados, ojeros, faltos de descanso, muertos; en su rostro enflaquecido por las continuas viglias se vislumbra la invencible pesadez del sueño empeñado en cerrarles los ojos; en aquella cara escuálida hay entablada siempre una tremenda lucha entre la fatiga y los nervios que se traduce en un bostezo permanente, en una tendencia incontrarrestable á abrir la boca...

No pueden más... llevan cuarenta días de tramos, de no acostarse, de tomar café á pasto para combatir la modorra...

Desde que comenzó el florido Mayo apenas han dormido más que lo estrictamente necesario para vivir...

A la madrugada rindeles la fatiga y se acuestan levantándose muy de mañana...

En junto cuatro ó cinco horas de un agitado reposo interrumpido por atroces pesadillas que giran todas sobre el mismo eje: los exámenes...

Ya se sabe... Apenas dejan caer la cabeza en la almohada surgen unas escenas terribles en la habitación...

Aparece el tribunal con sus jueces ceñudos y graves, lanzándoles rayos de las pupilas, abrumándoles á preguntas que ignoran...

¡Dios mío qué compromiso!... Mientras tanto empiezan á desfilar por la estancia una serie de siluetas espantables, extravagantisimas...

Figuras de nacimiento tocando tambores, lindas «pierrrotés» agitandoruidosas panderetas, encapuchados con estridentes carracas y todos agitando frenéticamente sus instrumentos y pitando á voces:

¡Suspense... Suspense!... Son las fiestas del curso, las tres clásicas fiestas en que pensaron dar principio sin remisión á sus estudios, que acuden á presenciar su derrota, obsequiándole con una serenata brutal... Navidad, Carnaval, «semana Santa»...

Ya se sabe cual es el presente su vida...

A primera hora de la mañana van á la Universidad á atisbar, á oler, á tantear las probabilidades del éxito, á enterarse de si aprueba ó no el profesor de la asignatura, de lo que pregunta y cómo lo hace, de si caen muchos. Luego se meten en su casa á «empollar» toda la tarde... Nada de paseo... Después de comer salen un rato á despejarse, á charlar con su modista, á acompañarla al taller...

Es lo único de que no han prescindido, de su rato de dicha por las calles, de su poco de felicidad iluminada por los parpadeos de los faroles...

En aquellos instantes la silueta rubia de su jovencita, borra sus ideas negras, inúndale el alma de claridad, no se acuerda de los exámenes ni de las malas notas... Los ojos negros, la voz argentina, la figura gallarda, la risa fresca, traen por arte mágico el ayer dorado, los meses del corazón, las noches de baile en que no le entenebrece la existencia ninguno amenaza... Los recuerdos de la ventura pasada bajan á orearles como un rayo de sol sus días monótonos y eternos deslizados con los apuntes en la mano y fuma que fuma... A las diez venciendo la alteración irresistible del café que le llama con sus resplandores de gas y los ecos de su violín, encierranse en su cuartito de huésped, abren el libro, se endilgan por sí propios la taza de moka puro que ha de ayudarles á decir la ciencia y hasta el amanecer brillan en los balcones de muchos pisos los reflejos reveladores de la forzada vigilia...

53

LUCI.

que había leído por sí mismo la voluntad de su hermano, puso término á las quejas y lástimas que se levantaban, más en son de censura al difunto, que de interés por el vivo, diciendo con el tono tranquilo y concluyente que le era peculiar.

—Ha hecho muy bien y lo alabo: Es su mujer; y ha sido, como él le ha dicho muchas veces; su ángel. Lo ha querido, lo ha cuidado, le ha hecho dulce y grata la vida, lo ha reconciliado con la muerte, su vida ha sido de abnegación y de sacrificio ¿por qué no le ha de dejar lo que en conciencia es suyo, porque sus padres se lo dejaron, y yo tampoco necesito en la actualidad porque me sobra con lo que tengo?...

—Sí, se atrevió á decir su prima Gloria; pero mañana esos bienes que salen de la familia empobreciéndola irán á parar á otra.

—No lo creas: quedarán en ella.

—Sabes...

—Yo no sé más que lo que te digo. La herencia de Alejandro será íntegra para quien deba ser, y lo afirmo porque me consta y conozco á Gloria, que tiene más oro en el corazón que le ha dejado su marido.

Y sin más se fue á rezar el oficio de difuntos á la habitación mortuoria.

52 BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA

LUCI.

49

dad entró en el período de la muerte, el marido llamó á la mujer y tuvo con ella una larga y agitada conferencia.

Gloria, que fue con el cuidado muchas veces á la puerta oyó en algunas, sollozos, en otras fórmulas de juramento, siempre dos ecos apagados por la emoción y el llanto.

Por fin la puerta se abrió y entraron todos. Gloria fue á retirarse por breves instantes, pero su marido la detuvo diciendo:

—Ángel de mi vida, no me dejes en la muerte, si quieres que muera en paz.

Y en paz murió: sus labios los sellaba un pequeño crucifijo. De pié junto á su lecho, enjugando el sudor de su frente, Gloria permanecía pronta á recibir el último suspiro de su esposo. Dióle y le cerró los ojos, pero la fuerza casi sobrenatural que la había sostenido le faltó, y al besarle la mano cayó al suelo desplomada.

Aquella noche se abrió el testamento. El marido en muestra de amor y de agradecimiento, legaba íntegro su inmenso caudal á su muy amada esposa.

Hubo murmuraciones y pesames al hermano, á quien se desheredaba privándole de los bienes de sus padres que iban á pasar á manos extrañas, según decía gimiendo la tía Inés, y lamentándose su prima Gloria. Pero el canónigo que no gemía ni lloraba, si no

memoria del Padre Vicario de las monjas del Caballero de Gracia que proporcionó los medios para que él y su hermano se reuniesen con su padre, y ya dormía su sueño de paz en un rincón del cementerio del Norte.

Sus primeros días en Madrid fueron muy tristes, pero sin desanimarse, se instaló como huésped en un modestísimo piso tercero de la calle de la Manzana y dió comienzo á la carrera de Leyes, yendo á sentarse entre los alumnos del Instituto, que no se saciaban de mirar sus bigotes negros como el óbano, y alguna cana prematura que ya apuntó en sus sienes sentado á la cabecera de su padre en París, donde como su hermana, había ejercitado su abnegación y su paciencia.

En Orduña se ignoraba el verdadero estado de las cosas. Gloria las presumía y sus grandezas se cubrieron de tristezas. Los efectos fueron advertidos por Ramirez; consagróse á buscar la causa, dió con ella por más que procuró velarse, y con tanta esplendidez como delicadeza, autorizaba para compartir con su hermano cuanto le pertenecía.

Gloria lo hizo llena de gozo, y en la forma que imaginó más aceptable y grata para el que había de recibir; pero Diego devolvió la suma convertida en joyas, y escribió á su hermana abordando de frente aquella espinosa cuestión, pues lo era de susceptibilidades nacidas del exceso mismo de su delicadeza,